

El viento sopla a favor

Introducción

El viento sopla a favor para los ciudadanos del mundo. Para los últimos charlatanes de la vieja sociedad del dinero oír hablar de "los ciudadanos del mundo" les suena a herejía. Ya les sonó a herejía durante el siglo pasado. Siempre les ha sonado a herejía. Para ellos la Humanidad es un ente abstracto o un término literario casi de ficción. Somos un conjunto diferente de clases, castas o razas, de patriotas de una u otra nación, de creyentes de una u otra religión, de "fuerzas de trabajo" necesarias o de "costos de producción" innecesarios. Somos contribuyentes o excluidos, consumidores o marginados. No hace demasiado discutían si teníamos o no "alma" para justificar si podíamos o no ser esclavizados. Hoy discuten si somos o no "bárbaros" para decidir si permaneceremos en el mundo de los supervivientes o al mundo de los exterminados... Siempre nos han considerado como parte de su finca: de su territorio tribal, de su colonia sometida, de su feudo, de su nación o de su mercado potencial. Han prestado mucha atención en lo que nos ha separado, dividido y enfrentado. ¡Vuestros dioses son distintos, claman sin cesar! ¡El color de vuestra piel es diferente! ¡Vuestra patria no es la misma! ¡Perteneceis a culturas absolutamente diferenciadas! ¡Sois de razas distintas!

Para los últimos charlatanes de la vieja sociedad, hablar pues, del patrimonio común de los ciudadanos del mundo es una infamia.

Pero el viento sopla a nuestro favor. Estamos de enhorabuena. No hará falta seguir discutiendo demasiado tiempo. La Ciencia va derrumbando los muros de las clases, de las castas, de las razas, de los creyentes, de los patriotas, de los contribuyentes o marginados, de los civilizados o de los bárbaros... Curiosamente los miembros de la especie humana no nos diferenciamos genéticamente absolutamente en nada. Es más, nuestras diferencias con otras especies son en algunos casos muy pequeñas. Nuestros genes son pocos más que los de la mosca o los gusanos y los mismos aproximadamente que los del ratón. En la medida que vamos descifrando el "libro de la vida" vamos constatando que existe un patrimonio común, objetivo, real, medible, analizable... que relega sencillamente a cortina de humo las diferencias que los elegidos por los dioses y en nombre aún de los dioses, nos quieren seguir manteniendo para someternos. Este Patrimonio Común de los seres humanos lo compartimos en gran parte con el resto de especies animales, vegetales y probablemente hasta con algunos materiales inertes. El ADN humano, por ejemplo, es al menos en un 98% idéntico al de los chimpancés y otros primates cercanos del hombre.

Compartimos un hábitat común: la Tierra y un sin fin de elementos bioquímicos y de complicados procesos que hacen posible que se desarrolle la vida en el Planeta. No compartimos con ellos una capacidad que nos permite pensar y acumular conocimientos y ser capaces de transmitirlos. Por eso nos hemos convertido en la única especie transformadora y dominadora.

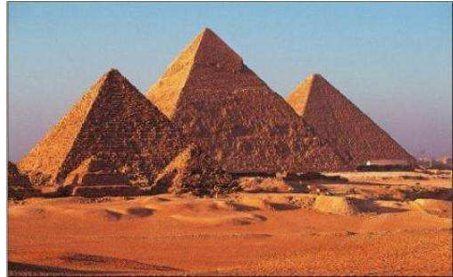
Ser la especie conquistadora y dominadora del Planeta pone en nuestras manos la conservación de este Patrimonio.

El patrimonio científico

Los antropólogos no han podido determinar aún con exactitud el momento de la historia en que nuestra especie bautizada como "homo sapiens" se diferenció de los otros homínidos que poblaron la Tierra. Ni de qué manera lo conseguimos.

La búsqueda del "eslabón perdido" les continúa interrogando. Más, cuando recientes descubrimientos demuestran que otros homínidos ya habían desarrollado algún tipo de lenguaje, enterraban a sus muertos, fabricaban herramientas y tenían algún tipo de organización social. Prácticamente en todos los yacimientos prehistóricos datados hace 200 mil años se encuentran indicios claros del conocimiento del fuego, es decir mucho antes de que podamos bautizar a sus pobladores como auténticos "homo sapiens". En África, cerca del Océano Índico se han encontrado muestras de actividad artística (diseños geométricos tallados sobre piedras de ocre) de más de 77 mil años de antigüedad. Especies emparentadas con la nuestra ya usaban utensilios contruidos de madera, vegetales o de piedra muchos años antes que dominaran el fuego.

No quisiera aquí entrar en discusión sobre la problemática de nuestra evolución, pero lo que sí se demuestra evidente es que lo que nos ha separado de los otros seres vivos y nos ha convertido en la especie dominadora del Planeta es nuestra capacidad de pensar y de transmitir nuestros pensamientos. Nuestra inteligencia. La herencia genética que nos capacita para



pensar no ha variado un milímetro desde la Historia conocida, como no ha variado un milímetro la de los chimpancés, la del gusano o la de la mosca del vinagre. El código genético del hombre cazador, del hombre que construyó las pirámides, del que construyó catedrales, del colonizador de las Américas, del inventor del cinematógrafo o del fabricante de chips o satélites artificiales es exactamente el mismo. ¿Qué ha sucedido entonces? Ha sucedido que ejercitando nuestra capacidad de pensar y actuar hemos ido avanzando en el conocimiento (en la sapiencia). Nuestras continuas experimentaciones han hecho avanzar nuestro conocimiento de manera que nuestro trabajo, nuestras herramientas, nuestra eficiencia en nuestra labor transformadora ha ido alcanzando cotas cada día mayores. Hemos ido acumulando conocimientos y hemos sido capaces de transmitirlos. Nuestros conocimientos siempre los hemos aplicado: los hemos convertido en técnica y los hemos generalizado. Ninguna innovación ha conseguido permanecer largo tiempo en el secretismo.

Nuestra conducta social ha facilitado enormemente que cualquier conocimiento fuera usado, desarrollado, mejorado y sobrepasado continuamente. Nuestros conocimientos son pues la suma de un inmenso trabajo colectivo de la Humanidad a lo largo de un largo camino. Es el mayor patrimonio colectivo de nuestra especie. La Humanidad, en su conjunto, es la heredera de este Patrimonio.



El conocimiento ha sido el motor de nuestra Historia. De recolectores de frutos hemos pasado a productores de toda clase de alimentos vegetales de los que ya hemos alcanzado su conocimiento genético y su posibilidad de manipulación; de adoradores del Sol hemos pasado a ser capaces de almacenar su energía, de la domesticación del fuego pasamos a la forja de los metales y de ésta a aleaciones de una dureza, resistencia y versatilidad insospechadas; de los arpones de sílex hemos pasado a pescar guiados por satélites artificiales; de

cazadores pasamos a criadores de extensos rebaños y de aquí hasta alcanzar técnicas de producción ganadera cercanas a poder vencer la escasez; de caminar por los senderos pasamos a construir caminos y carreteras, a navegar por los océanos, volar por el cielo y llegar a empezar nuestra andadura por el espacio; del uso de la fuerza del hombre y de los animales a la energía del vapor, la mecánica, la eléctrica, la atómica, y la solar; de las curaciones y prácticas oscurantistas empezamos tan solo hace 500 años a conocer el cuerpo humano, ya nos encontramos hoy en condiciones de practicar la ingeniería genética. De esconder nuestros descubrimientos en templos, palacios, conventos o universidades elitistas hemos pasado a poderlos hacer accesibles con increíble rapidez a cualquier poblador del rincón más apartado del globo;... de las largas y fatigosas jornadas de trabajo para la subsistencia empezamos a vislumbrar la cercanía de hacer obsoleta la sentencia bíblica del trabajo forzado. Nuestros conocimientos nos han permitido transformar al mundo y al hacerlo nos hemos transformado a nosotros mismos. La comprensión de que somos capaces de dirigir nosotros mismos nuestro destino está ya muy cercana.

Nuestros conocimientos no son producto de ninguna herencia genética. Es un Patrimonio común alcanzado gracias al esfuerzo colectivo de nuestra



especie y transmitido generación tras generación. No puede ser privatizado para el beneficio particular de ningún miembro o grupo. Tal hecho hemos de considerarlo como un fragante robo al conjunto de la Humanidad.

La conducta social

Nuestra herencia genética nos capacita para actuar pero no determina la dirección de nuestros actos ni la de nuestros pensamientos. Existe una ley biológica general que empuja nuestro comportamiento: es la lucha a favor de la VIDA. Los seres vivos (animales y vegetales) nos aferramos a la vida desde el primer momento que nacemos. Peleamos para continuar viviendo hasta el último momento de nuestra existencia. Hasta el microorganismo más primitivo que vive en los ambientes más inhóspitos lucha por sobrevivir.

Nuestra conducta viene totalmente empujada por esta ley biológica general y común a todos los seres vivos. Lo llamamos comúnmente el instinto a favor de la vida. Conductas contrarias, son realmente anómalas.

Probablemente esta ley biológica corresponde a la que muchos estudiosos llaman "leyes naturales". Son las leyes naturales que Bakunin nunca fue capaz de definir, o que Marx no consiguió alcanzar a descubrir a partir del estudio de las leyes económicas que nos han regido o que Freud o Reich en su momento intentaron averiguar con el análisis del carácter de los hombres. Los seres humanos coincidimos con muchos animales vivos en desarrollar conductas sociales colaboradoras entre los miembros de la misma especie claramente destinadas a favor de la lucha por la vida y su continuidad. Es más, sin ésta conducta social colaboradora muchísimas especies desaparecerían. Nuestras vidas están absolutamente interrelacionadas. Posiblemente el ser humano es el más necesitado de esta conducta por cuanto nace sin haber desarrollado totalmente muchas de sus potencialidades motrices, indefenso y absolutamente dependiente de sus progenitores. Ningún animal nace con nuestras limitaciones por tan largo espacio de tiempo. Hasta prácticamente los 6 años de vida un niño está aprendiendo a desarrollar sus potencialidades (un mal aprendizaje durante este tiempo puede representar una enorme limitación a lo largo de toda su vida).

En contra de todas las teorías del darwinismo social podemos afirmar que nuestra especie ha evolucionado por nuestra conducta esencialmente colaboradora y solidaria. Hemos evolucionado en sociedad. Somos la suma y el resultado de miles de años de esfuerzos colectivos de millones de seres humanos. Este Patrimonio, nuestra conducta colaboradora, no lo podemos dilapidar.

Por eso se nos sigue retorciendo las entrañas cuando observamos en los comienzos del siglo XXI la terrible aniquilación de otros seres humanos por el hambre, por las enfermedades o por las guerras. Nuestra conducta no es tan lejana a la de algunas especies animales (especialmente de algunos mamíferos superiores) como la manada de elefantes que se resiste a abandonar al miembro adulto enfermo, o la de los cetáceos que acuden a las señales de petición de ayuda de otros miembros heridos o enfermos.

Frente al individuo social que solo puede desarrollar su individualidad dentro de la sociedad y gracias al trabajo colectivo transformador de todos los miembros de la sociedad, se nos propone el individuo "fuerte y superior" que se erige en único superviviente posible por encima del conjunto humano al que pertenece. Solo cabe añadir que probablemente esta superioridad se ejerza por "designio divino". Esta selección "natural" del más puro estilo darwinista (los fuertes sobre los débiles, es decir los saqueadores sobre los saqueados) puede hacerse mucho más eficiente con la selección "tecnológica" que empieza ya a ser realizable en el transcurso del siglo XXI. No es por designio divino. Es sencillamente por un acto de fuerza con el que unos individuos de apropiación de los recursos, de los medios, de los conocimientos, del trabajo colectivo del conjunto de la sociedad. Por este acto de piratería y saqueo el Patrimonio común pasa a convertirse en Patrimonio privado. Así se acumula poder y así se amansan tesoros. Este acto de fuerza que implica autoridad y vasallaje es el común denominador del camino que hasta ahora hemos recorrido. Pero este común denominador nunca ha sido capaz de detener totalmente otro común denominador mucho más fuerte porque corresponde a una conducta innata en los seres humanos: la conducta colaboradora y solidaria es el mayor Patrimonio que tenemos en común para seguir peleando por la vida y su continuidad. A pesar de los pesares, pues, seguimos avanzando gracias a nuestro esfuerzo colectivo y solidario. Es en este sentido que podemos decir que la mayor inmoralidad (entendida como un acto antinatural) de la sociedad de la mercancía es nuestra deshumanización.

Esta conducta social colaboradora, que no es un don divino sino también el producto de un complejo mecanismo bioquímico que también llegaremos a descubrir, puede ser manipulada. En realidad hace muchísimo tiempo, tanto como nuestra misma historia, que los humanos hemos aprendido a manipularla. Regímenes de terror, de miedo, de oscurantismo, religiones apocalípticas, estados de absoluta dominación y vasallaje... conducen a verdaderas atroñas en el pensamiento y en el comportamiento de los seres humanos. Es la dominación por el terror. Es el estancamiento social por la esclerosis. También hemos aprendido a usar directamente medios químicos: algunas tribus ismaelitas ya usaban ciertas drogas para infundir valor y fanatismo a sus guerreros convirtiéndolos en fieles cumplidores de cualquier orden, hasta del asesinato.

No es extraño pues que el nuevo Cesar, en nombre de Dios, con la mano en el pecho, no pare de infundir terror apocalíptico a los ciudadanos, que aparezcan nuevos "señores de los anillos" y que los nuevos fármacos intenten dirigir cada vez más el comportamiento de los seres humanos. Las sociedades de explotación han intentado siempre manipular y aniquilar esta conducta social. La sociedad del conocimiento solo puede avanzar apoyada en esta conducta colaboradora, generalizando esta conducta en las condiciones más favorables: sociedades de libertad y de librepensamiento en donde el método científico pueda ser aplicado en sus más extensas posibilidades.

La crisis de la sociedad del capital

A los seres humanos nos cuesta desembarazarnos del pensamiento idealista, místico o religioso que durante siglos ha impregnado todos los aspectos de nuestra existencia. Nuestra acción transformadora cotidiana ha estado siempre dirigida a encontrar la solución más eficaz de los problemas reales. Con el conocimiento empírico (resultado de continuadas probaturas, comprobaciones, rectificaciones, nuevas probaturas, etc.) hemos conseguido avanzar. Pero en el campo del pensamiento (de la comprensión y explicación de estas soluciones encontradas con dificultad y esfuerzo tenaz) solamente con el advenimiento de la Ciencia hemos ido desechando las explicaciones religiosas o mágicas que durante siglos nos tenían encadenados. El conocimiento científico supuso un impresionante avance. Aquella planta medicinal de efectos curativos, fruto de centenares de años de búsqueda, de pruebas, de comprobaciones, de continuadas repeticiones... que es conocida por una comunidad tribal y que realmente supone un gran patrimonio del conocimiento humano (empírico) deja de ser "mágico" o misterioso en el momento que somos capaces de analizarla en el laboratorio y de descubrir los elementos que la componen, sus características o sus propiedades. El poder de los dioses y los privilegios del hechicero, entonces, se derrumban.

Es evidente que el ciudadano del mundo occidental se ha desembarazado en gran parte, desde el triunfo liderado por la burguesía sobre la vieja sociedad feudal, del pensamiento idealista. No concebimos una revisión médica sin análisis de sangre, de orina, radiográficas o comprobaciones rigurosas. Y evidentemente no aceptamos un diagnóstico sin base científica ni mucho menos una receta resolvidora de nuestra dolencia de orden moral, ética, política o religiosa. Queremos saber con exactitud que enfermedad padecemos y cuales son los remedios eficaces para curarnos.

Esto que es tan sencillo y tan evidente, y que estamos aplicando constantemente en cualquier asunto de nuestra vida (rigor en el análisis de los problemas y eficacia en las soluciones) parece no ser aplicable cuando lo trasladamos a los problemas de nuestra sociedad. Los servidores del poder: los intocables políticos, los hombres de estado, los analistas sociales, los economistas, etc. que siguen decidiendo los asuntos de la vida de los ciudadanos, siguen en la nebulosa del misticismo y de la brujería. Nos siguen dando recetas morales, éticas, políticas o religiosas. Las recetas "económicas" son cada día más parecidas sobre todo en el aspecto de su ineficacia: es claro que su margen de maniobra dentro de las leyes intocables en defensa de la propiedad privada, no les permite mayores discrepancias. Cuando la ineficacia es ya de una evidencia escalofriante y la quiebra total es el resultado de sus recetas, como en el caso de Argentina, entonces, uno se pregunta si su objetivo era realmente salvar o por lo contrario matar al enfermo. Curiosamente terminan siempre arrojados por sus brujos (la religión) llamando al pueblo para que se apriete el cinturón y repartiendo plomo en vez de pan. El pueblo les llama por su nombre: estafadores, vividores y ladrones. Quien quiera entender, que entienda.

Yo desearía proponer a mis conciudadanos que abandonásemos a los hechiceros en su nebulosa (mejor poniéndolos a buen recaudo) y que reconvirtiéramos los falsos problemas morales, éticos, políticos o religiosos en problemas tan reales y objetivos que bien podríamos acotarlos como problemas matemáticos.

1.-Podemos constatar que los continuos avances en el conocimiento nos han posibilitado a los seres humanos alcanzar unas cuotas de eficacia extraordinarios. En cualquier actividad humana, desde los tiempos más pretéritos hasta nuestros días, nuestra capacidad de producir más y mejor ha aumentado considerablemente. Si los recursos no fueran limitados podríamos decir que nuestra capacidad de producir tiende a infinito. Nuestra destreza manual la hemos trasladado a las herramientas, de éstas a las máquinas y de las máquinas al robot. El ingenio, la destreza, la técnica, la rapidez, la perfección,... el maravilloso mundo de los conocimientos aplicados (convertidos en técnica) que los humanos hemos ido transmitiendo, aumentando y acumulando en un transcurrir de miles de años de trabajo social, lo hemos depositado y sintetizado en el robot. Un robot que seguimos creando, dirigiendo y perfeccionando. (Escribo robot refiriéndome en general a los ingenios que ya son capaces de realizar el trabajo de los hombres).

2.-Mientras nuestra capacidad de producción ha aumentado extraordinariamente, el esfuerzo y el tiempo empleado para ello ha disminuido a su vez considerablemente. Mientras la capacidad de producir más y mejor tiende a infinito, el tiempo y el esfuerzo necesario para hacerlo tiende a cero. Esta claro que no podríamos encontrar ni un solo caso, en ninguna actividad humana, en ninguna rama de la producción que pudiera contradecir esta tendencia. Ni uno solo. Esta tendencia, además, aumenta en progresión geométrica. Mientras en una gran parte del camino recorrido por la Humanidad cualquier innovación tecnológica tenía grandes limitaciones para su difusión y generalización (a veces transcurrían siglos) por las dificultades geográficas o de comunicación, o por su facilidad de privatización u ocultación, o por su persecución o rechazo del poder establecido; hoy, contrariamente, el viento sigue soplando cada día más favorablemente para que cada día, cualquier innovación, esté más y más rápidamente al alcance de un mayor número de ciudadanos. La sociedad empuja para que un mayor número de ciudadanos participen y se sumen constantemente a una ilimitada red de circulación de conocimientos y de técnicas que en constante aplicación e innovación hacen que esta tendencia sea imparable. En prácticamente unos segundos cualquier avance tecnológico puede difundirse a cualquier rincón del mundo. Solamente una gran represión sobre la posibilidad real de acceder y usar a favor de la vida estos conocimientos puede interrumpir esta tendencia.

Solamente unos mecanismos que impongan la sumisión, la aceptación y la resignación de la miseria como hecho inamovible pueden triunfar sobre esta tendencia. La sociedad de la beneficencia tampoco la detendrá.

3.- Observamos igualmente que el constante avance científico aplicado desarrolla nuevas técnicas, nuevos materiales, nuevas fuentes de energía, nuevos procesos de fabricación, etc. en donde no solamente se tiende a

producir más y mejor, con menos esfuerzo y en menos tiempo sino que, además, los recursos naturales son empleados mucho más racionalmente y eficientemente. Si comparamos los recursos naturales necesitados en la fabricación de cualquier maquinaria industrial del siglo pasado (una imprenta, por ejemplo), el esfuerzo y el tiempo empleado en su construcción, su complejidad, el gasto energético necesario para su funcionamiento y su eficacia final, con cualquier ingenio de finales del siglo XX (una impresora digital, por ejemplo) comprenderemos perfectamente esta tendencia. Esta tendencia es una necesidad inseparable del progreso humano. Es impensable alimentar a la población humana a partir de una asociación recolectora y cazadora. Es impensable mantener nuestro gasto energético a partir de la leña, el carbón leña o el carbón piedra. Es impensable la transmisión de conocimientos sobre la base del papel. Es impensable el riego de los cultivos por inundación... El desarrollo del conocimiento humano ha invalidado las tesis de Thomas Malthus (la selección natural a partir de la limitación en la capacidad de producción de alimentos). A finales del siglo XVIII Malthus no pudo adivinar los avances científicos que alcanzaríamos. Probablemente el nuevo poder imperial que ha resultado de la sociedad capitalista del demógrafo y economista británico, quiera poner al orden del día las soluciones teóricas malthusianas: exterminación de los sobrantes por medio de la guerra, el hambre, las enfermedades (solo los fuertes se librarán del horror de la guerra, comerán y se curarán). Es evidente que la Ciencia tiene otras respuestas. También la del control racional de la natalidad. Existe pues un claro enfrentamiento entre la sociedad del conocimiento que es capaz de dar soluciones a los problemas de una manera mas razonable y eficaz, y la sociedad del capital basada en el beneficio inmediato a partir de la explotación sin cordura y hasta su agotamiento de los recursos de su propiedad obtenidos por un acto de expolio o de saqueo. Este es el caso, por ejemplo, de los grandes monopolios energéticos que supeditan el progreso de los pueblos a su capacidad de poder comprar o no su petróleo, frente a las nuevas posibilidades energéticas (fotovoltaicas, eólicas o geotérmicas) que les darían independencia y autonomía, y supondrían una gran reducción en la explotación de recursos minerales.

Esta tendencia favorable a la Ciencia frente el Capital es imparable. Prueba de ello es la continua desvalorización de lo que hasta ahora ha sido la base del Capital. Los grandes conglomerados fabriles, la colosal maquinaria industrial, la numerosa fuerza de trabajo humano necesitada, los recursos naturales y minerales, los productos agrícolas, etc. no pueden detener su tendencia hacia su desvalorización frente a una Ciencia en constante proceso de cambio e innovación que deja rápidamente anticuados antiguos procesos industriales, caducas las máquinas, innecesario el trabajo de los hombres, y obsoletos viejos materiales, ... La sociedad del conocimiento avanza implacable frente a la sociedad del Capital.

La sociedad de la mercancía, que ha convertido todo el Patrimonio de los seres humanos y el propio ser humano en mercancía para el beneficio privado, no puede dar ninguna solución a esta tendencia imparable de la sociedad. Está en crisis. Está en terrible bancarrota.

Su crisis es profunda porque por primera vez en la historia, se tambalea definitivamente la base con la que se sustentaron las diferentes sociedades humanas de explotación: la propiedad. La propiedad siempre fue poseída por la fuerza.

No existe ninguna posibilidad para los ciudadanos del mundo de avanzar en el camino de la Ciencia sino recuperamos nuestro Patrimonio común. Si no declaramos Patrimonio de la Humanidad el Planeta en el que habitamos, sus recursos y los conocimientos humanos adquiridos, y los ponemos al servicio de la generalidad de los seres humanos a favor de la vida y de la continuidad de la vida.

Cualquier negativa a emprender éste camino solamente puede provenir de hombres enfermos, asesinos y suicidas.

Pero el viento sigue soplando con fuerza a nuestro favor.



Josep- enero 2002